

LAS CUATRO EDADES DE LA VIDA HUMANA

DANTE ALIGHIERI



FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TRADICIONALES, A. C.

Las Cuatro Edades de la Vida Humana

Dante Alighieri

(1265-1321)

LAS CUATRO EDADES DE LA VIDA HUMANA

EL CONVITE. TRATADOS XXIV-XXVIII

Editor e Impresor:

Fundación de Estudios Tradicionales, A. C. Camino a Lagunillas s/n Llanos de la Fragua 36220, Guanajuato, Gto., México.

Primera Edición 2012 ISBN en trámite Código Fundación: 73

Fundación de Estudios Tradicionales, A. C.

Institución Cultural de Beneficencia Privada Registro Público de la Propiedad y del Comercio 67,127 (V07, X12) RFC: FET040828LA0 Callejón de Temezcuicate N°. 83, Guanajuato, Gto., México Teléfonos: (473)6522597 y (473)7560090

Correo electrónico: fundaciondeestudiostradicionales@yahoo.com.mx

SUMARIO

LAS CUATRO EDADES DE LA VIDA HUMANA

i

LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA ADOLESCENCIA. EL RECATO, EL PUDOR Y LA VERGÜENZA.

ii

LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA JUVENTUD. VIRTUDES PROPIAS DE ESTA EDAD.

19

LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA SENECTUD. SUS CUATRO VIRTUDES PECULIARES.

25

LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA SENILIDAD. EL RETORNO A DIOS Y LA CONSIDERACIÓN DEL PASADO.

CONVIVIO DIDANTE ALIGHIERI

JFIORENTINO

J CHOME DICE JLPH ILOSO

pho ncl principio dellaprima pbilofophia: Tuni gh huommi naturalme'rc dcfiiicmuo di fapere. Lanigionedicbe puo cíTere fie/ che ciafchuna cofa dnprouidencia di propia natura impinra e/inclinabtíe nllafua peife ctionc. Onde aceto ebe lafdentia eiultima pfrfccfionedellanoffraanima:tielljqua!e fra lanofra ultima fclícih:ruifi nafuralmenfcalfuodcfideriofiamofubtccti. Ve rjmentc daquefra nobiiiiTíroa perfeccionemol» fono priuarí per diucrTe cagioni:cbc dentro alhuomo ct difuorí daefío luí rimuouonodalbabiro diTdcntia. Denrodalhuomo poíTono eíTerc due diferiré n'mpediro luno dallapaite deícorno. laltro ri.iiUp.itte dcilanmu. Dalla parte delcorpo C/quando (epartí fono indebitamente difpofrcríi die nulla riceuce puo:fi co

- [LAS CUATRO EDADES DE LA VIDA HUMANA*](#)

- LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA SENILIDAD.

LAS CUATRO EDADES DE LA VIDA HUMANA*

DANTE ALIGHIERI (1265-1321)

Digo que una vida humana se divide en cuatro edades. La primera se llama adolescencia, es decir, «crecimiento de vida»; la segunda se llama juventud, o sea, «edad que puede aprovechar», esto es, dar perfección, y por eso se le llama edad perfecta — porque nadie puede dar sino lo que tiene—; la tercera se llama senectud; la cuarta se llama senilidad.

* *Et Convite*. Tratados XXrV-XXVIII

De la primera nadie duda; todos los sabios están de acuerdo en que su duración se prolonga hasta los veinticinco años, y como hasta este tiempo nuestras almas se dedican al crecimiento y embellecimiento del cuerpo, de donde se siguen muchas y grandes transformaciones en la persona, la parte racional no puede discernir con perfección. Por esto ordena la razón que antes de esa edad no pueda el hombre realizar ciertas cosas sin un tutor mayor de edad.

La duración de la segunda edad, que constituye la cima de nuestra vida, es determinada de diversas maneras por muchos. Pero, dejando a un lado lo que acerca de aquella escriben los filósofos y los médicos y volviendo a la razón propia, digo que en la mayoría de los hombres capaces para formar un juicio natural esa edad dura unos veinte años. Y la razón de esta afirmación es que, si el punto más alto de nuestro ar-

co esta en los treinta y cinco, la curva de descenso de la vida ha de ser igual a la curva de ascenso, pues estas dos curvas de subida y de bajada constituyen los apoyos del arco, en el cual se advierte poca flexión. Tenemos, por tanto, que la juventud se acaba a los cuarenta y cinco años. Y así como la adolescencia se termina con la subida a los veinticinco años que preceden a la juventud, así también el descenso, es decir, la senectud, consiste [en] un tiempo de igual duración al de la juventud, y por eso la senectud concluye a los setenta años. Sin embargo, como la adolescencia no comienza al principio de la vida, considerándole del modo dicho, sino solamente ocho meses después, y como nuestra naturaleza apresura la subida y suele frenar el descenso, porque el calor natural ha venido a menos y puede ya poco, y el húmedo, en cambio ha crecido (no en cantidad, sino en calidad, de modo que es menos vaporoso y consumible), sucede por todo esto que después de la senectud queda de nuestra vida un número de años igual a diez, poco más o menos, y este tiempo se llama senilidad. Tenemos un ejemplo de esto en Platón, del cual se puede decir que estaba óptimamente constituido, tanto por su perfección como por su fisonomía (que de él tomó Sócrates cuando por primera vez le vio), y vivió ochenta y un años, como atestigua Tulio en el *De senectute* ¹. Y yo creo que, si Cristo no hubiese sido crucificado y hubiese vivido en el tiempo que su vida, de acuerdo con su naturaleza, podía haber tenido, a los ochenta y un años hubiese pasado de cuerpo mortal a cuerpo eternal.

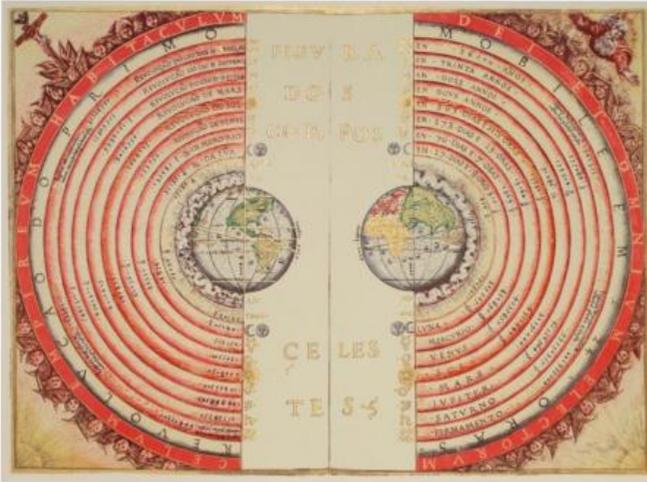
En realidad, como hemos dicho antes, estas edades pueden ser más largas o más cortas según nuestro

temperamento y constitución; pero, sean como fueren, en esta proporción que hemos dicho [se encuentran las edades de todos los hombres, y esto] es lo que en todos me parece procurar, es decir, hacer en cada persona las edades más o menos largas según la integridad del tiempo total de la vida natural. Durante estas diferentes edades, la nobleza de que hablamos muestra sus efectos de modo distinto en el alma ennoblecida, y este es el objeto de la parte que ahora explicamos. Acerca de esto hay que advertir que nuestra buena y recta naturaleza procede de un modo razonable en el hombre, como vemos que sucede con la naturaleza de las plantas en las diferentes edades de estas; y por eso son diferentes las costumbres y el comportamiento que según razón conviene a unas edades y a otras; costumbres con las que el alma noble procede ordenadamente por camino simple, ejercitando sus actos a su edad y a su tiempo conforme la ordenación de estos a su último fruto. Y de este parecer es Tulio en su *De senectute*. Y dejando a un lado la ficción de que este diverso proceso de las edades expone Virgilio en la *Eneida*², y dejando también lo que el ermitaño Gil³ dice en 1a primera parte de su *Regimiento de príncipes*, y dejando lo que expone Tulio en el *De ios officios*⁴ y siguiendo únicamente lo que la razón puede ver por sí misma, digo que esta primera edad es la puerta y el camino por los cuales se entra en nuestra buena vida. Y esta entrada tiene necesariamente algunas cosas que proporciona la recta naturaleza, que nunca desfallece en las cosas necesarias; de modo semejante al que tiene dando hojas a 1a vid para defensa del fruto, y vástagos para

la defensa y sostenimiento de su debilidad, manteniendo así el peso de su fruto.

La buena naturaleza da, por tanto, a esta edad cuatro cosas necesarias para penetrar en la ciudad del buen vivir. La primera es la obediencia; la segunda, la suavidad; la tercera, el pudor; la cuarta, la belleza corporal, como dice el texto en la primera parte. Y hay que notar que de la misma manera que el que no ha estado nunca en una ciudad no sabría seguir el camino si no se lo enseña quien lo ha recorrido, así también el adolescente que entra en la selva engañosa de esta vida no sabría seguir el buen camino si sus mayores no le enseñasen. Ni bastaría la enseñanza de estos si el adolescente no fuese obediente a sus mandatos, y por esta razón es necesaria en esta edad la obediencia. Pero podría decir alguno: «¿es que acaso llamaremos igualmente obediente al que escucha los malos consejos que al que escucha los buenos?». Respondo que esto no sería obediencia, sino transgresión; porque si el rey manda un camino y el siervo manda otro, no hay que obedecer al siervo, pues esto sería desobedecer al rey, y habría, por tanto, transgresión. Y por eso dice Salomón cuando quiere corregir a su hijo (y este es su primer consejo): «Oye, hijo mío, el consejo de tu padre»⁵. Y a continuación le aparta inmediatamente del mal consejo y de la enseñanza mala, diciendo: «Que no te puedan echar [hechizo] con lisonjas ni deleites los pecadores para que vayas con ellos»⁶. Por esto, del mismo modo que el hijo, apenas nacido se cuelga al pecho de su madre, así, apenas se muestra en el joven algún destello de razón, debe atender a la corrección de su padre, y debe el padre, por su parte, enseñarle. Y guárdese de darle ejemplo

contrario con sus obras a las palabras con que le corrige, porque, naturalmente, los hijos miran más las pisadas de los pies paternos que las huellas de los demás. Y por eso dice y prescribe la ley⁷, de acuerdo con esta tendencia, que la persona del padre debe mostrarse siempre a sus hijos santa y proba. Y así aparece la necesidad de la obediencia en esta edad. Y por eso escribe Salomón en los Proverbios que aquel que con humildad y obediencia recibe las justas [correcciones y] represiones del que corrige, «será glorificado»⁸; y dice «será» para dar a entender que habla al adolescente, que en la primera edad no puede ser glorificado. Y si alguno objeta: «Lo que se ha dicho se refiere al padre solamente y no a los demás», le respondo que al padre se debe reducir toda otra obediencia. Por lo cual dice el Apóstol a los colosenses: «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que esto es grato a Dios»⁹. Y, si el padre ha muerto, debe prestarse la obediencia a quien el padre designó en su Última voluntad; y, si el padre muere intestado, debe prestarse obediencia al tutor a quien la razón encomienda el gobierno del menor. Y además deben ser obedecidos los maestros y mayores, [quienes] en cierto modo han recibido una delegación del padre o de quien hace las veces de padre. Pero como el capítulo presente ha resultado largo por las útiles digresiones que contiene, en otro capítulo explicaremos los restantes puntos.



LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA ADOLESCENCIA. EL RECATO, EL PUDOR Y LA VERGÜENZA.

Esta alma y buena naturaleza es en su adolescencia no solamente obediente, sino que es además suave, lo cual constituye el segundo supuesto necesario en esta edad para entrar con acierto por la puerta de la juventud. Es necesario porque no podemos alcanzar

una vida perfecta sin amigos, como lo explica Aristóteles en el libro octavo de la *Ética*; y la mayor parte de las amistades se siembran en esta edad primera, porque en ella comienza el hombre a ser agradable o desagradable; suavidad que se adquiere con la mesura en el trato, como es, por ejemplo, la conversación sosegada y cortés y la acción y los servicios propios de 1a cortesía, Y por esto dice Salomón al hijo adolescente: «A los escarnecedores, Dios los escarnece, y a los mansos, Dios les dará gracia»¹⁰. Y por otra parte dice: «Aparta de ti la mala boca y procura que los actos villanos estén lejos de ti»¹⁰. Todo lo cual demuestra que esta suavidad es necesaria, como hemos dicho.

También es necesario en esta edad el sentimiento del pudor, por eso una naturaleza buena y noble lo demuestra en esta edad, como afirma el texto. Y como el recato es señal evidente de nobleza en la adolescencia, por ser entonces sumamente necesario para el buen fundamento de nuestra vida, a la cual tiende la naturaleza noble, debemos hablar algo sobre este recato con alguna detención. Digo que por recato entiendo tres sentimientos necesarios para el buen fundamento de nuestra vida; uno es la admiración; otro, el pudor; el tercero, la verecundia, si bien el vulgo no se da cuenta de esta distinción. Todas estas tres cosas son necesarias en esta edad por la razón siguiente: esta edad necesita ser reverente y estar deseosa de saber; esta edad necesita de freno para no desviarse del camino; esta edad necesita la penitencia por las faltas, para que no tenga la audacia de pecar. Estas tres cosas quedan satisfechas por los sentimientos susodichos, que vulgarmente suelen recibir el

nombre de vergüenza. Porque 1a admiración es un asombro del espíritu al ver, oír o sentir de algún modo cosas grandes y maravillosas, pues al mostrarse grandes hacen que las reverencie todo el que las siente, y al mostrarse admirables despiertan en ellos el deseo de conocerlas. Y por esta razón los reyes antiguos hacían en sus palacios trabajos excelentes en oro y piedras y en toda clase de arte, para que los que los contemplasen quedaran asombrados y, por lo mismo, reverentes y con deseos de honrar a las excelencias del rey. Y por esto dice Estacio, el dulce poeta, en el libro primero de 1a *Historia tebana*¹¹ que cuando Adrasto, rey de los argivos, vio a Polínice cubierto con una piel de león, y vio a Tideo cubierto con una piel de puerco salvaje, y recordó la respuesta que Apolo había dado por sus hijas, quedó admirado, y, por lo tanto, más reverente y con mayores deseos de saber.

El pudor es un apartamiento del espíritu de toda cosa fea, con temor de caer en ella, como sucede en las vírgenes, en las damas honestas y en los adolescentes, que son tan púdicos que no solamente cuando son requeridos o tentados de pecado, sino aun cuando se ven ante la mera imaginación de una complacencia pecaminosa, se les pone el rostro pálido o encendido. Por eso dice Estacio en el citado libro primero de Tebas que cuando Aceste, nodriza de Argia y de Deifile, hijas del rey Adrasto, las llevó ante la vista de su santo padre a la presencia de los dos peregrinos Polínice y Tideo, las vírgenes palidieron y se ruborizaron, y sus ojos huyeron de toda ajena mirada y sólo se volvieron al rostro paterno como único sitio seguro. ¡Oh cuántos pecados refrena ese pudor! ¡Cuántas co-

sas y solicitudes deshonestas acalla! ¡Cuántos deshonrosos deseos refrena! ¡Cuántas malas tentaciones vence no solamente en la persona púdica, sino también en quien la mira! ¡Cuántas palabras feas detiene! Porque, como dice Tulio en el primero *De ios oficios*, «no hay acción fea que no resulte feo el nombrarla»¹². Y por esta razón, el hombre honesto y noble no habla nunca de modo que sus palabras no resulten honestas a una mujer. ¡Ay, qué mal está que un hombre noble, que anda buscando honras, mencione cosas que en boca de cualquier mujer sonarían mal!

La verecundia es un temor de la deshonra por el pecado cometido, y de este temor nace un arrepentimiento por el pecado, que incluye dentro de sí una amargura, que es un castigo para no faltar más por lo cual dice Es-tacio en e1 mismo lugar citado que, cuanto el rey Adrasto preguntó a Polínice quién era, éste dudó mucho antes de contestar por la vergüenza del pecado que contra su padre había cometido e incluso por las culpas de Edipo, su padre, que parecían prolongarse para vergüenza del hijo, y no nombró a su padre, sino a sus antepasados, su tierra y su madre. Por todo lo cual se ve la necesidad de la vergüenza en esta edad.

Pero la naturaleza noble no sólo demuestra en esta edad obediencia, suavidad y vergüenza, sino que incluye además la belleza y la esbeltez del cuerpo, como dice el texto cuando dice: *Y adorna su persona*; y este *adorna* es verbo y no es nombre; verbo indicativo en tiempo presente y en tercera persona. Porque hay que advertir que también es necesaria esta obra para nuestra vida buena, porque nuestra alma necesita rea-

lizar muchas de sus operaciones con el órgano corporal, y obra bien cuando el cuerpo esta bien ordenado y dispuesto en todas sus partes. Y cuando el cuerpo esta bien ordenado y dispuesto, es hermoso en el conjunto total y en las partes, porque el orden debido a nuestros miembros proporciona el placer de una admirable y misteriosa armonía, y la buena disposición, es decir, la salud, pone sobre el cuerpo un color dulce y grato a la vista. Así, pues, afirmar que la naturaleza noble embellece y da proporción armónica al cuerpo, no quiere decir otra cosa sino que lo acomoda a la perfección del orden, y, de la misma manera que las virtudes antes explicadas, esta belleza es necesaria a la adolescencia; las cuales cosas, el alma noble, es decir, la naturaleza noble, [da y] a ellas tiende principalmente, pues, como hemos dicho, esta naturaleza ha sido sembrada por la divina Providencia.



LA NOBLEZA DEL HOMBRE EN LA JUVENTUD. VIR-
TUDES PROPIAS DE ESTA EDAD.

Después de explicar la primera sección de esta parte, que indica las señales exteriores por las que podemos conocer al hombre noble, hemos de seguir con la segunda sección, que comienza así: *Es en la juventud*